

viene papá, ¡qué fastidio!... ¡siempre llega cuando menos falta hace!

El anciano Casby acababa de entrar, en efecto, y sus primeras palabras fueron para invitar á Clennam á comer, insistiendo particularmente en que se quedara; mientras que Flora hizo al propio tiempo á su antiguo aspirante una seña que quería decir: «¡Quédese usted!» No convenía esto á Clennam; pero tenía tal sentimiento por no haber encontrado la Flora de su juventud y de sus ensueños, y avergonzabase tanto de haber perdido así sus ilusiones, que por un remordimiento retrospectivo y como justa expiación de sus errores, creyó deber inmolarse en la comida del patriarca y de Flora.

Además de Pancks, que en su calidad de agente de confianza del señor Casby, tenía cubierto á la mesa, poco antes de servirse la comida presentose otro convidado, ó más bien convidada: era una extraña viejecita, con una fisonomía semejante á la de una muñeca de madera, de la cual no se puede exigir que tenga expresión alguna en las facciones, por ser tan ínfimo su precio; llevaba una peluca tan rígida como amarillenta; su rostro parecía tener dos ó tres contusiones producidas con un instrumento obtuso, como por ejemplo la superficie de una cuchara; y la punta de la nariz presentaba el fenómeno de varias cavidades que se podían atribuir á una presión violenta. La particularidad más singular de esta viejecita consistía en que nunca se le daba otro nombre que el de *tía del señor Finching*.

Flora había anunciado ya antes á Clennam que su difunto esposo tuvo á bien legarle al morir esta tía, además de la totalidad de sus bienes muebles ó inmuebles.

Lo primero que llamaba la atención en aquella extraña mujer era su aspecto de severa rigidez y su taciturnidad, que sólo interrumpía de vez en cuando para hacer, en tono cavernoso y amenazador, algunas observaciones que, no teniendo relación alguna con lo que se acababa de decir, ni hallándose encadenadas sino por una asociación de las más misteriosas ideas, inquietaban el espíritu del oyente, atemorizándole con frecuencia.

La comida, sabiamente aderezada, porque en la mansión del anciano calculábase todo para favorecer la digestión, comenzó por una sopa especial á la que siguió un asado de carnero, un biftek y una torta de patatas. Al empezar el banquete, la tía Finching, después de dirigir una mirada malévola á todos los comensales, emitió la siguiente extraña observación:

—Cuando vivíamos en Henley, las cosas del señor Barnes fueron robadas por un calderero.

Pancks tuvo el valor de hacer una seña afirmativa y contestó:

—Sí, ciertamente, sí señora.

En cuanto á Clennam, aquellas palabras le causaron una verdadera inquietud.

Arturo pensaba que hubo un tiempo en que, comiendo en aquella misma mesa, no había tenido ojos más que para Flora; mientras que en aquel momento, cuando fijaba en ella la atención, sólo era para observar que le gustaba mucho la cerveza, y que combinaba una gran cantidad de jerez con el sentimiento, por lo cual pudo comprender que si había engordado, era debido á razones muy substanciales. En cuanto al señor Casby, siempre había sido gran gastrónomo, y devoraba materialmente cuanto se le ponía delante con una beatitud patriarcal.

Durante toda la comida, Flora supo conciliar su afición del momento á la carne y al vino, con su afición de otra época al amor romántico; de modo que Arturo, sin atreverse apenas á levantar la vista, tenía fija siempre en su plato, pues no podía mirar á la viuda sin recibir de ella alguna mirada de misterioso aviso, cual si se hubiera tratado de un complot entre los dos. La tía Finching, sentada en frente de Arturo, dirigíale de continuo miradas de reto, con expresión de indecible amargura; y cuando se sirvieron los postres interrumpió bruscamente la conversación sin consultar con nadie.

Flora acababa de decir:

—Caballero Clennam, tenga usted la bondad de darme un vaso de Porto para la tía del señor Finching.

—El monumento que se eleva junto al Puente de Londres —observó la viejecita,— se construyó después del gran incendio, y este incendio no fué aquel en que se quemaron los almacenes de vuestro tío Jorge.

Pancks contestó de nuevo con el mismo ánimo:

—Es mucha verdad, señora; sí, sí, ¡tiene usted razón!

Pero la tía Finching, en vez de volver á su silencio acostumbrado, pareció indignada de alguna imaginaria contradicción, y replicó seguidamente:

—¡Detesto á los imbéciles!

Al emitir este parecer con solemne gravedad, usó de un tono tan ofensivo, personalizando de tal modo la injuria, fija su mirada en Clennam, que fué preciso hacer retirar á la vie-

jecita de la mesa. Flora se la llevó muy tranquilamente, pues la tía Finching no opuso la menor resistencia, limitándose á preguntar con implacable animosidad:

—¿Por qué viene aquí?

Cuando Flora volvió, explicó que *su legado* era una anciana señora muy inteligente, pero que á veces tenía excentricidades y antipatías incomprensibles.

Previendo, que después de apurar tranquilamente otras dos copas de vino dulce, Pancks no tardaría en levantar el campo, y que el patriarca iría á dormir, Arturo, pretextando que debía hacer una visita, preguntó á Pancks qué dirección pensaba seguir.

—Voy hacia la Cité, caballero.

—¿Quiere usted que vayamos juntos?—preguntó Arturo.

—Con mucho gusto.

Sin embargo, Flora murmuraba misteriosas frases al oído de Arturo, diciéndole que *hubo* un tiempo... que el pasado era un abismo infranqueable... que Arturo no estaba ya sujeto por una cadena dorada; que al día siguiente la podría ver en su casa á la una y media; que los decretos de la Providencia eran irrevocables, y otras cosas por el estilo. Al salir, Arturo quiso estrechar francamente la mano á la Flora de entonces, no á la de otro tiempo, pero la hija de Casby se empeñó en sostener su papel de niña enamorada.

Clennam salió de aquella mansión bastante triste, y sobre todo tan aburrido, que á no ser por Pancks, habría tomado cualquiera dirección, sin saber á dónde iba.

Cuando la frescura de la atmósfera y la ausencia de Flora hubieron disipado la niebla que obscurecía sus ideas, echó de ver que Pancks avanzaba rápidamente, mordiendo el poco pasto que le ofrecían sus negras uñas, lo cual era en aquel individuo señal evidente de que reflexionaba.

—Se deja sentir el frío esta noche—dijo Arturo.

—Sí—contestó Pancks,—pero usted debe sentirle, en su calidad de extranjero, más que yo. Le aseguro que tengo poco tiempo para ocuparme de si hace frío ó calor.

—Quiere decir que vive usted muy atareado, ¿no es verdad?

—Efectivamente; siempre tengo que andar tras de algún inquilino que no paga, ó vigilar alguna cosa; pero me gustan los negocios—añadió Pancks apretando algo más el paso.—¿No estamos para eso en el mundo?

—¿Cree usted que sólo para eso?—preguntó Clennam.

—¿Para qué otra cosa había de ser?—repuso Pancks.

Estas palabras concentraban en el más corto espacio posible un peso enorme, que había gravitado sobre toda la vida de Clennam, y por eso no contestó.

—Es lo mismo que siempre digo yo á nuestros inquilinos semanales—continuó Pancks.—Algunos de ellos se me quejan de que están trabajando continuamente, sin ser por eso nunca más ricos, á lo cual les contesto: «¿Para qué estáis en el mundo sino para trabajar?» Con esto les cierro la boca, pues no hallan contestación.

—¡Ah!—exclamó Arturo—¡eso es muy triste!

—¡Vaya! aquí me tiene usted á mí, por ejemplo—prosiguió Pancks.—¿Cree usted que yo estoy en el mundo para otra cosa? Oblígueme á levantarme temprano, déme usted trabajo suficiente, déjeme tan poco tiempo como quiera para comer, hágame correr de un punto á otro sin descanso; yo haré lo mismo con usted, y usted procederá de igual manera con otro. Aquí tiene usted un resumen completo de los deberes del hombre en un país comercial.

Cuando hubieron andado un poco más, Clennam preguntó á su compañero:

—¿Ha tomado usted gusto á alguna cosa?

—¿Gusto? ¿Qué es eso?—preguntó Pancks con acritud.

—Pues... una inclinación cualquiera.

—Mi única inclinación es ganar dinero—repuso Pancks;—indíqueme usted los medios, y ya verá qué pronto me pongo en movimiento.

Así diciendo, produjo una especie de ronquido nasal, que sin duda era su modo de reír, según le pareció á Clennam. Era, aquél, un hombre singular por todos conceptos, y á no ser por el tono breve, duro y rápido, con que pronunciaba sus palabras, como bajo el impulso de un motor mecánico, hubiérase podido creer que no hablaba seriamente.

—Supongo que usted lee—díjole Clennam.

—Sólo leo letras de cambio y libros de cuentas; y también colecciono anuncios relativos á herencias. A propósito, ¿es usted de la familia de los Clennam de Cornouailles, señor Arturo?

—No, al menos que yo sepa.

—Ya sabía yo que no lo era usted, pues se lo he preguntado á su madre que no es mujer para dejar escapar semejante ocasión.

—Supongamos que yo perteneciese á un Clennam de Cornouailles.

—En tal caso hubiera usted sabido cierta cosa que le interesaría.

—¿De veras? Hace mucho tiempo que no me he visto en semejante caso.

—Hay en Cornouailles una propiedad que sólo necesita encontrar un propietario, y ningún Clennam quiere tomarse la molestia de reclamarla—dijo Pancks, sacando su libro de memorias del bolsillo y volviendo á guardarlo después de mirar una apuntación. Ahora debo separarme de usted, pues he llegado á uno de mis negociados. Buenas noches.

—Vaya usted con Dios—contestó Arturo.

Habían cruzado juntos por Smithfield, y Clennam se halló solo en la esquina de la calle de Barbican. No tenía intención de ir aquella noche á la lúgubre morada de su madre, y sentíase tan triste y abatido como si estuviese en medio de un desierto. Comenzó, pues, á bajar lentamente la calle de Aldersgate, y avanzaba hacia la iglesia de San Pablo, sumido en sus reflexiones, con intención de llegar á uno de los barrios más populares de la ciudad, porque necesitaba ruido y movimiento, cuando divisó un numeroso grupo que caminaba hacia él por la misma acera; entonces se apoyó contra la pared, dejando el paso libre, y echó de ver que la gente se agolpaba alrededor de algo que cuatro hombres llevaban en hombros. Luego reconoció que era una camilla, improvisada con lo primero que se había encontrado más propio para el objeto; y á juzgar por la posición del hombre que iba en ella, y por lo que decía un individuo que llevaba un lio en una mano y un sombrero cubierto de lodo en la otra, Clennam comprendió que había ocurrido algún accidente. Los que conducían la camilla se detuvieron junto á un farol para arreglar algo, y Clennam se halló en medio del grupo.

—¿Es algún herido que conducen al hospital?—preguntó Arturo á un anciano que estaba allí con la boca abierta, deseando al parecer que le preguntasen.

—Sí—contestó el interpelado,—la culpa es de esos coches correos, que siempre van á escape con la velocidad de doce á catorce millas por hora; deberían poner coto á semejante abuso; lo extraño es que no haya más desgracias.

—Supongo que habrá muerto ese hombre.

—Si no ha muerto, no será por falta de voluntad del conductor del coche-correo.

Y como el anciano se cruzara de brazos para censurar se-

veramente á la empresa, varios espectadores hicieron coro con él, por simpatías al herido.

—Esos coches son una calamidad—decía uno.

—Yo ví ayer cómo faltó muy poco para que aplastaran á una criatura—añadió otro.

Todos daban á entender que si Clennam tenía alguna influencia administrativa, lo mejor que podía hacer era procurar que suprimiesen los coches-correos.

—¿Y es un extranjero?—preguntó Clennam, inclinándose un poco para ver mejor.

En medio de una infinidad de respuestas contradictorias, tales como: «es un francés;» «es un portugués;» «no, que es un prusiano;» «yo creo que es holandés;» y otras contestaciones por el estilo, Clennam oyó una voz débil que pedía agua en francés y en italiano; y habiendo rogado que le dejaran pasar, porque comprendía lo que decía el herido, abriéronle paso para que sirviera de intérprete.

—Este hombre pide agua—dijo Arturo á los que le rodeaban.

Una docena de muchachos se diseminaron al momento para ir á buscarla.

—¿Está usted gravemente herido?—preguntó Clennam al hombre de la camilla.

—Sí, caballero, sí, sí; la pierna me duele muchísimo; pero no importa; aun así me complace oír la lengua de mi patria.

—¿Es usted viajero?... ¡Ah! ya tenemos aquí el agua; permítame darle un vaso.

Habían colocado la camilla en un montón de escombros que se elevaba á conveniente altura, y así es que sin inclinarse apenas Clennam pudo levantar la cabeza del herido con la mano izquierda, mientras que con la derecha acercaba el vaso á sus labios. El herido era hombre de escasa estatura, musculoso, de tez bronceada, cabello negro y dientes muy blancos; ofrecía una marcada expresión de vivacidad, y llevaba arillos en las orejas.

—Vamos, beba usted... ¿Me ha dicho usted que era un viajero...?

—Sí, señor.

—¿Forastero en esta ciudad?

—Sí, señor, completamente, pues he llegado esta tarde.

—¿De dónde?

—De Marsella.

—Pues vea usted—repuso Clennam,—yo también soy casi

forastero en esta inmensa metrópoli, aunque he nacido en ella; y hace muy poco tiempo llegué igualmente del mismo punto que acaba usted de citar. Vamos, no se desanime usted, que no le abandonaré hasta dejarle en buenas manos. ¡Valor!

El herido dirigió á Clennam una mirada suplicante, mientras éste le enjugaba el sudor de la frente y murmuró:

—¡Ah! ¡*Altro, Altro!*

Esta exclamación parecía indicar cierta incredulidad, pues mientras levantaban las angarillas, el herido alargó la mano para hacer con el índice la señal negativa de los napolitanos.

Arturo Clennam emprendió la marcha también sin separarse del herido, á quien dirigía de vez en cuando alguna palabra para reanimarle; y así llegaron hasta el hospital de San Bartolomé. Sólo se dejó entrar en el benéfico asilo á los portadores y al obsequioso intérprete; el herido fué colocado al punto sobre una mesa, para que el cirujano pudiera examinarlo bien.

—Ese hombre no sabe apenas una palabra de inglés—dijo Clennam.—¿Es peligrosa la herida?

—Ahora veremos—contestó el cirujano continuando su examen con marcada afición, como hombre que se halla en su elemento.

Después de tocar la pierna con un dedo, luego con dos y al fin con toda la mano, por arriba y por abajo, haciendo al mismo tiempo sus observaciones á un caballero que se presentó, el cirujano, dando un golpecito en el hombro al paciente, le dijo:

—Esto se podrá componer, aunque es bastante difícil; por esta vez no pediremos el sacrificio de la pierna.

Clennam tradujo estas palabras consoladoras al herido, que manifestó su agradecimiento besando varias veces la mano del intérprete y la del cirujano.

—Supongo que la herida es grave—dijo Clennam.

—Sí... algo—contestó el cirujano, con la satisfacción del pintor que contempla la obra expuesta en el caballete;—algo es; tiene una doble fractura sobre la rótula y una dislocación más abajo; será una compostura de mérito.

Y el cirujano volvió á dar otro golpecito en la espalda al paciente, cual si quisiera decirle que era digno de los mayores elogios por haberse dejado romper la pierna de un modo tan interesante para la ciencia quirúrgica.

—¿No habla francés?—preguntó el cirujano.

—Sí, señor.

—Pues entonces ya nos entenderemos sin dificultad.

Y dirigiendo la palabra en dicho idioma al herido, díjole afectuosamente:

—Sólo habrá que sufrir un poco, amigo mío, y debe usted felicitarle de que su pierna no se hallé en peor estado; dentro de algún tiempo volverá usted á andar perfectamente. Ahora, veamos si no hay lesión en otra parte, y sobre todo en las costillas.

Por fortuna el cirujano no encontró nada. Clennam esperó á que hubiese hecho todo cuanto se debía practicar; y como el pobre herido le suplicara que no se alejase, permaneció junto al lecho á que se le transportó hasta que se hubo dormido. Antes de marcharse escribió con lápiz algunas líneas, prometiendo al infeliz volver á la mañana siguiente.

Todo esto había requerido mucho tiempo; de modo que eran las once de la noche cuando Clennam salió del hospital. Había alquilado provisionalmente una habitación cerca de Covent-Garden, y dirigióse á su morada por el camino más corto.

Abandonado de nuevo á sí mismo, después de las impresiones que acababa de experimentar á causa del incidente que dejamos referido, Clennam estaba naturalmente predisposto á la meditación. No anduvo mucho tiempo sin pensar en Flora, y esto le recordó por necesidad la historia de toda su vida, la historia de su desgraciada existencia.

Al entrar en su habitación sentóse ante la chimenea, cuyo fuego se había extinguido casi, y remontándose á su vida pasada, contempló mentalmente la senda sombría que había recorrido hasta llegar al presente período de su existencia.

Arturo era soñador y su meditación fué dolorosa, porque tenía la conciencia de todo lo bueno de que se había visto privado. Aunque se le educó dura y severamente, tratándose de imbuirle ideas mezquinas, poco honrosas, su fe le había salvado y á ella debía el ser un hombre digno y generoso, de noble corazón y elevados sentimientos. Su fe le enseñara también á no condenar á los otros, á ser humilde y misericordioso y á practicar la caridad.

Arturo Clennam, sentado, como hemos dicho, ante su chimenea, recordaba melancólico el tenebroso camino que se le hiciera recorrer en la peregrinación de su existencia. ¿No era bastante desgracia para él verse obligado á su edad á buscar lejos de sí un báculo para la vejez, un apoyo cualquiera y un consuelo para terminar la carrera de su vida? Harto

legítimas hubieran sido sus quejas; y al contemplar el fuego casi apagado, su último resplandor, y las cenizas casi frías, no pudo menos de murmurar:

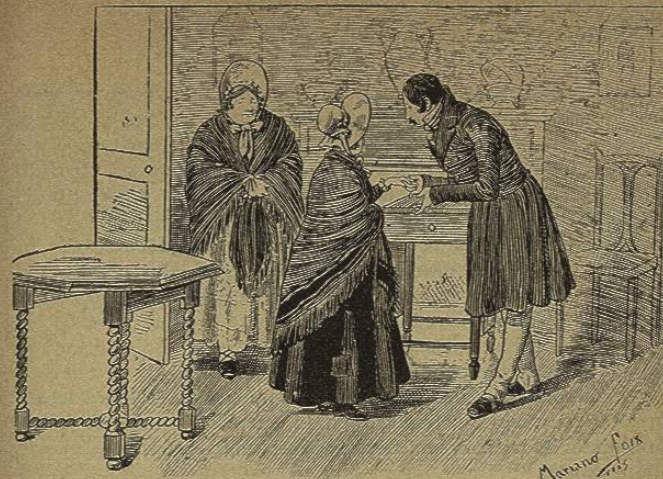
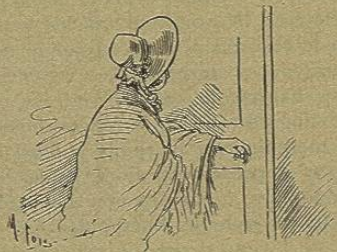
—Pronto llegará la hora de pasar yo también por todas esas fases, para desaparecer al fin.

En aquella revista de su existencia, creía ver un árbol verdoso, cargado de flores y de promesas, cuyas ramas todas se marchitaban y caían una por una á medida que él las tocaba.

—A contar desde los días de mi juventud—continuó Arturo,—tan desgraciadamente suprimida, desde mi adolescencia, pasada en un retiro lúgubre y sin amor, desde mi marcha, mi largo destierro, mi vuelta, el recibimiento de mi madre y por último mi visita á la pobre Flora, ¿qué he encontrado yo en el camino de mi vida?

En aquel momento abrióse suavemente la puerta de la habitación y Arturo se estremeció al oír pronunciar el siguiente nombre como en contestación á su pregunta:

—¡La niña Dórrit!



CAPITULO XIV

Visita de la niña Dórrit

Arturo Clennam se apresuró á levantarse, al ver á la joven de pie en el umbral.

La niña Dórrit paseó su mirada por la habitación, y parecióle espaciosa y magníficamente amueblada, aunque algo oscura. La joven tenía ciertas ideas aristocráticas desde la primera vez que vió Covent-Garden, donde había elegantes cafés, soberbias casas y palacios, en que se ostentaban todos los atributos del lujo, y un teatro suntuoso, donde entraban damas y caballeros ricamente engalanados. La niña Dórrit conservaba un confuso recuerdo de aquel sitio aristocrático, tan lleno de misterios ahora como en otra época, con sus románticas memorias, su riqueza y su miseria, su belleza y su fealdad, sus preciosos jardines y sus fétidos arroyos; la joven, lo repetimos, tenía sus ideas sobre los esplendores de Covent-Garden, y por eso le pareció la habitación de Arturo Clennam más oscura de lo que era en realidad, cuando la miró tímidamente desde la puerta.

Pero en la silla que estaba junto al fuego apagado hallábase el caballero á quien iba á ver, y que había vuelto la cabeza con asombro al oír pronunciar su nombre; el caballero de tez morena, de aspecto grave y bondadosa sonrisa, de ca-